

Ante la fiesta de Navidad

AUGUSTO Y EL NACIMIENTO DE JESÚS

La narración del nacimiento de Jesús según san Lucas comienza con la mención del emperador Augusto, el cual había ordenado con fines políticos y económicos un censo de los habitantes de Imperio Romano, que estaba en los momentos de su máxima grandeza política y militar. De este modo, San Lucas sitúa el nacimiento de Jesús en la historia humana. Lo ocurrido no es un mito que acontece en una época incierta, sino que se puede determinar con precisión en la historia.

Llama la atención, por otra parte, el contraste que establece entre la figura de Augusto, emperador famoso por haber llevado la *Pax Romana* a todas las tierras sometidas a su dominio y Jesús, nacido en un oscuro y lejano rincón del imperio romano. En la ciudad jonía de Priene (actual Turquía) se encontró una estela del año 9 a. C., que celebra el nacimiento de Augusto como “aquel que ha traído buenas noticias (*euangelia*)” y ha iniciado una nueva era de paz. En esta inscripción, que se conserva en el Museo Británico, se celebra a Augusto como “salvador” (*sōtēr*) y su nacimiento se considera el comienzo de un nuevo mundo. Como sabemos, Augusto se consideraba a sí mismo como un dios y se presentaba como el salvador que había traído la paz (como portador de paz aparece de hecho en la conocida *Ara Pacis Augusti*, que se conserva en Roma).

Por su parte, el Mesías Jesús ha nacido de una familia humilde en un pesebre, teniendo por únicos testigos a unos sencillos pastores. Sin embargo, este niño, ha traído al mundo una paz y una salvación muy diferente y mucho mayor que la que procedía del César. Él es salvador en un sentido muy distinto, porque su paz no procede del poder de las armas, sino de la fuerza del amor. Su salvación no se refiere sólo al bienestar material del hombre, sino a la liberación de las fuerzas del pecado y de la muerte, que son las que le esclavizan de verdad. La salvación que viene de Jesús concierne al ser humano en la profundidad de su ser y lo abre a Dios. Es, además, una salvación que no es transitoria sino permanente: es para todos los hombres y para todos los tiempos.

De esta manera, el Niño Jesús, vulnerable e impotente en términos mundanos, tan distinto de los dominadores terrenos, resulta ser el verdadero salvador de los hombres. Por ello, el nacimiento de Jesús nos desafía a pensar en nuestras prioridades, en nuestros valores. Sería bueno aprovechar estos días de Navidad para examinar si confiamos en la fuerza como Augusto, si actuamos desde la avidez y la explotación o desde la generosidad y desprendimiento de sí. Belén nos invita también a desconfiar de quienes se presentan como nuestros salvadores y acaban sometiéndonos a sus criterios. El pesebre nos anima, finalmente, a llevar la esperanza a tantas personas que viven al margen de la sociedad porque el nacimiento de Jesús es verdaderamente buena noticia para ellos.

Deseo que esta Navidad gocéis mucho de la paz que proviene del verdadero Salvador del hombre. *Bon Nadal!*

+ Francesc Conesa Ferrer, Obispo de Menorca

Publicado en el Diario de Menorca el 22/12/18